

Revista Colombiana de Educación

Revista Colombiana de Educación

ISSN: 0120-3916

rce@pedagogica.edu.co

**Universidad Pedagógica Nacional
Colombia**

Vargas Guillén, Germán; Fals Borda, Orlando; Cataño, Gonzalo

Congratulaciones: saludo y despedida de Gonzalo Cataño

Revista Colombiana de Educación, núm. 49, julio-diciembre, 2005, pp. 195-210

Universidad Pedagógica Nacional

Bogotá, Colombia

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=413635243010>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org



Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

Congratulaciones: saludo y despedida de Gonzalo Cataño¹

Germán Vargas Guillén²

Orlando Fals Borda³

Gonzalo Cataño⁴

¿Qué significa ser un intelectual en la Universidad Pedagógica Nacional? Gonzalo Cataño, una respuesta

Germán Vargas Guillén

La idea de rendir homenaje a un intelectual que ha terminado su vínculo con la Universidad Pedagógica Nacional, después de haberle servido por treinta años, nos lleva a reflexionar sobre las sendas abiertas durante su desempeño y, lo más sugestivo, a meditar sobre las tareas que quedan delineadas para aquellos que permanecen en la institución. Me separa una generación de Gonzalo Cataño, distancia que –creo– me permite una mirada más desapasionada para evaluar sus logros. Mi primer contacto con su obra data de 1982 cuando, en calidad de funcionario del Ministerio de Educación Nacional, tenía la tarea expresa de reseñar

¹ Palabras pronunciadas en el homenaje a Gonzalo Cataño promovido por los estudiantes del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional (Bogotá, septiembre de 2002). El acto contó con la presencia de la rectora de la Universidad Pedagógica Nacional, profesora Judith Arteta. Texto recibido en octubre 31 de 2005 y arbitrado en noviembre 2 de 2005.

² Profesor titular, Universidad Pedagógica Nacional. *E-mail:* gevargas@uni.pedagogica.edu.co

³ Profesor emérito de la Universidad Nacional de Colombia. Doctor en Sociología de la Universidad de Florida. Fundador del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia. Autor de numerosos libros, ahora clásicos, sobre el mundo rural colombiano: la *Historia doble de la Costa* (4 vols.), *El hombre y la tierra en Boyacá* y *La violencia en Colombia*. Actualmente desempeña el cargo de asesor del movimiento político de izquierda Alternativa Democrática.

⁴ Sociólogo. Profesor e investigador de la Universidad Externado de Colombia. Autor de numerosos trabajos sobre educación e historia de las ideas en Colombia, entre los cuales cabe mencionar *Educación y estructura social*, *La artesanía intelectual*, *Historia, sociología y política*, *La sociología en Colombia* y *Afirmaciones y negaciones: maestros del siglo XX*. *E-mail:* anomia@supercabletv.net.co

y elaborar Resúmenes Analíticos en Educación (RAE). Allí tuve la oportunidad de conocer varios trabajos de Cataño junto al de otros investigadores del *campo intelectual de la educación*. Lo que más llamó mi atención fue la variedad de temas y problemas que él se había planteado.

De hecho, en un principio los RAE de Colombia se nutrieron de las contribuciones publicadas por la *Revista Colombiana de Educación*, para entonces –junto con la *Revista Educación Hoy*–, una de las de mayor exigencia en términos de estándares de calidad. Era claro que en sus páginas se controlaba la especulación, el manejo de datos, la lógica de las explicaciones, etc., abriendo para los estudios educativos el horizonte de las *investigaciones empíricamente orientadas*. Todo esto contrastaba con el reino de los pareceres, de los valores y de las intuiciones que predominaban en lo que en aquella época se hacía en asuntos de educación. Desde los RAE no sólo tuve ocasión de reseñar algunos escritos del profesor Cataño, publicados la mayoría de ellos en la *Revista Colombiana de Educación*, sino también los de otros autores que previamente habían pasado por sus manos para su revisión y estudio, y en todos ellos se percibía un esfuerzo por unir teoría con hechos, marcos de referencia con realidades, conceptos con observaciones controladas. Tiempo después tuve una plaza como investigador en el Centro de Investigaciones de la UPN, el CIUP, y allí pude constatar su ascendiente no sólo en asuntos educativos, sino en otros campos de la investigación sociológica. Ahora recuerdo que hacia el año de 1985 envié un artículo al comité de redacción de la *Revista Colombiana de Educación*. Mi propuesta fue leída, entre otros, por el profesor Cataño. La experiencia me permitió alcanzar un conjunto de observaciones directas, ciertamente críticas, pero no por ello menos respetuosas, acaso sí cargadas con algo de humor o, tal vez también podría decirse, de ironía sobre mi propuesta.

Posteriormente, y ya en calidad de profesor de planta de la UPN, trabajé como editor de la recién fundada revista *Pedagogía y Saberes*, el órgano de la Facultad de Educación. Fue para mí gracioso, pero también motivo de reflexión, el hecho de que el profesor Cataño, en situaciones coloquiales, la llamara “*Pedagogía y pareceres*”. Encontraba en sus autores muchas opiniones, muchas creencias, muchas conclusiones rápidas, pero sobre todo, mucho deseo de postular cómo deberían ser las cosas sin antes hacer un escrutinio de cómo eran. La crítica callada del profesor Cataño me hizo pensar seriamente no sólo sobre las características de la revista, sino también sobre el reto que tenemos aquellas personas provenientes de otras disciplinas (la filosofía en mi caso), cuando nos enfrentamos con los temas educativos sin mayor entrenamiento en la investigación empírica.

Hay un tema fundamental de la enseñanza de Gonzalo Cataño como maestro. Voy a entender esta expresión como lo hizo Bertrand Russell en su libro *Autoridad e*

individuo: “Aquel que muestra más por el ejemplo que por el discurso”. Cataño no ha hecho un discurso sobre la pedagogía, pero ha tenido una actuación, un modo de comportamiento, que –según mi visión– puede considerarse ejemplar. A esto podemos adicionar una reflexión de Ortega y Gasset: “Quien quiera enseñarnos algo, que no nos lo diga, que con un gesto, con desplazamiento de la trayectoria ideal de la mirada nos haga posarnos a los pies de una nueva verdad”. Veo en Cataño un ejemplo tanto de la sentencia de Russell como de la meditación de Ortega y Gasset. En sus aproximaciones a la educación, en sus estudios sobre historia de las ideas o en su sociología de la sociología, ha mostrado investigaciones concretas que nosotros podemos criticar o aceptar, pero no desconocer. No ha predicado las bondades de la investigación: la ha hecho.

A diferencia de otros proyectos intelectuales donde los investigadores en educación se han desplazado de su disciplina de base hacia la pedagogía, sin retorno a sus puntos de origen, el profesor Cataño ha mantenido permanentemente una producción en el campo de la sociología y, desde ella, ha aportado a la comprensión de fenómenos de la enseñanza que parecían, hasta cierto punto, haberse dado por ciertos y válidos. Acaso una de sus más antiguas investigaciones fuera la de establecer, a partir de la zona de Boyacá, una nueva mirada a la dinámica de la educación rural. En sus estudios en el terreno mostró cómo la escuela rural era un subsistema dirigido a escolarizar a la población más pobre del campo. Los hijos de las clases altas (de los grandes terratenientes) y de las clases medias (de los medianos propietarios), se educan en la cabecera municipal, en una ciudad intermedia o en la capital del departamento. La escuela veredal, por el contrario, estaba destinada a los niños de los minifundistas, peones y asalariados del campo. Las limitaciones de sus planteles parecen una réplica de las precariedades de sus condiciones de vida. En su sociología de la educación, Cataño también se enfrentó con el exagerado optimismo acerca de las relaciones positivas entre educación y movilidad social. En sus investigaciones sobre el origen social de los estudiantes de la Universidad colombiana, reveló cómo –para la época– los sectores populares apenas estaban representados. La universidad pública era ante todo una institución de las clases medias, con una representación bastante significativa de las clases altas. En este contexto, las posibilidades de ascenso social no eran muy amplias como lo predicaba el imaginario colectivo. Estos ejemplos muestran su esfuerzo por sacar los estudios educativos de los estrechos marcos de la pedagogía, y trasladarlos a un escenario más amplio y significativo: el de sus relaciones con la estructura social.

Hay, por supuesto, más cosas qué decir. Sólo voy a mencionar una más. Generando todo tipo de comentarios y de críticas en los medios pedagógicos, muchos de ellos nada elegantes, el profesor Cataño mantuvo siempre en nuestra Universidad

un interés por la historia de las ideas, lejos del ámbito estrictamente educativo. Me refiero a su estudio desarrollado en torno de la figura de Luis Eduardo Nieto Arteta, determinante para la comprensión de la manera como se ha construido el perfil intelectual de Colombia.

Resumiendo esta parte inicial de mi intervención, quisiera indicar que al menos dos grandes enseñanzas nos deja el profesor Cataño a quienes nos mantenemos en la brega de hacer de la UPN un espacio de investigación y creatividad intelectuales. En primer lugar, el uso de un control epistemológico, en su caso a partir de la sociología, en los estudios educativos. En segundo lugar, promover en el seno de nuestra Universidad investigaciones que superen lo estrictamente pedagógico, a fin de ampliar la visión de los estudiantes que mañana tendrán que trabajar en medios cambiantes con demandas sociales a las cuales apenas puede responder la estricta habilidad didáctica.

Ahora quiero pasar a recordar sus esfuerzos por institucionalizar (normalizar) la ciencia y la cultura en la Universidad Pedagógica Nacional.

Cataño como editor y promotor de la Revista Colombiana de Educación

He señalado cómo Cataño tuvo no solamente incidencia en el Centro de Investigaciones de la UPN –en el sentido de abrir un espacio preciso y definido para que el fenómeno educativo fuese investigado científicamente, con métodos y técnicas precisos desde el campo disciplinar de la sociología–, sino también que a este esfuerzo adicionó una segunda labor: el fomento de las publicaciones institucionales. Un capítulo especial, para quienes nos interesamos por la vida de la UPN, es el relacionado con la manera como se fueron creando los procesos editoriales que, todavía precarios, ya tienen vida propia. Cataño, como él mismo lo señaló en uno de sus balances de la *Revista Colombiana de Educación*, ve que ésta aún encuentra limitaciones, y que de alguna manera, más que en la mayoría de edad, se encuentra todavía, en cierto modo, en su infancia. No obstante, y como también lo aclaraba en aquella intervención, esa obra editorial tenía el mérito de haber abierto un canal para que se difundieran las investigaciones no sólo de los miembros de la UPN, sino de otras instituciones del país y del extranjero. Con ello buscaba afirmar en nuestro medio el campo intelectual de la educación y de la pedagogía, subsumido en el terreno nebuloso de la esporádica reflexión de los asuntos escolares unidos a las ocasionales reformas de la enseñanza primaria, secundaria y universitaria.

Sabemos que en los predios de nuestra institución es habitual referirse a la *Revista Colombiana de Educación* con el mote de “la revista de Cataño”. Quisiera ver en

esto –aunque soy consciente de que el calificativo porta un aire sarcástico– una valoración de nuestro querido profesor tratando de que la revista mantuviera un enfoque, una línea de conducta y una manera de ubicarse en el marco de las publicaciones internacionales. Hasta el último momento en que el profesor Cataño estuvo vinculado a la Universidad Pedagógica Nacional, lo veíamos siempre exigente, crítico, coactivo, en aras de que los artículos portaran claridad expositiva, respeto por el manejo de la lengua y, no menos significativo, rigor metodológico: delimitar suficiente y adecuadamente el problema de investigación; controlar las formas como se obtienen los datos, elaborar la teoría que les sirve de instrumento analítico y controlar los juicios de valor que con tanta facilidad, y a veces de manera inconsciente, se filtran en los estudios educativos. En sus páginas se promovieron las investigaciones, pero también lo mejor de la sociología de la educación. Me refiero a las traducciones de textos de los clásicos de la sociología desconocidos en nuestro idioma. Hubo, como ustedes lo pueden constatar, números enteros dedicados a la obra de Émile Durkheim, Max Weber, Pierre Bourdieu y Basil Bernstein. Esto le confirió a la Revista un aire internacional y abierto a lo mejor de las corrientes analíticas que habían reflexionado acerca de la dinámica de las instituciones escolares.

Además de la promoción de la *Revista Colombiana de Educación*, Cataño se preocupó por impulsar la publicación de libros de interés para los estudiosos de los temas educativos. En asocio con el Instituto Caro y Cuervo, difundió un conjunto de monografías norteamericanas sobre historia de la educación en Colombia, desconocidas por la mayoría de nuestros eruditos por barreras lingüísticas. A esto adicionó la “Serie Educación y Cultura” auspiciada por la UPN en convenio con la Editorial Plaza & Janés, que se materializó en varios volúmenes con trabajos de profesores de la Universidad e investigadores de otros países.

Cataño como director de posgrados

Una vez extinguido el antiguo Instituto Colombiano de Pedagogía, se desarrolló dentro de la Universidad el proyecto de una Escuela de Posgrados. Era el año de 1975. Dentro de ella toma especial relevancia el programa de “Investigación Socio-educativa y Curricular”, entonces bajo la dirección del profesor Guillermo Briones, un destacado sociólogo de Chile. En este marco institucional se desarrolló el área de la sociología de la educación a cargo del profesor Cataño. Con el paso de los años, el posgrado se fue especializando, y a poco asumió la condición de maestría en Sociología de la Educación, a la que se vincularon profesores como Orlando Fals Borda, Jesús Antonio Bejarano, Mario Arrubla y Rubén Sierra Mejía. Sería interesante, para quien haga un análisis de las tesis de grado de aquella época,

observar cuántas de ellas multiplicaron el marco de preocupaciones investigativas del profesor Cataño, y aun cuántas de ellas estuvieron bajo su dirección.

Obviamente, ésta ha sido, como otras de sus acciones, calificada con el remoquete de “el posgrado de Cataño”. En resumen, vuelve a jugar la idea de que sólo la obstinación en un estilo de trabajo que persevera por largo tiempo hace que se consoliden los productos. Es evidente que tal obstinación hace que aparezca a los ojos de algunos miembros de la comunidad como si toda la acción la alentara un personalismo desenfrenado. Pero esto no es así. Cataño eligió la terquedad y el empeño individuales como estrategia para romper la quietud de un medio poco afín a las tareas de la cultura que fueran más allá de los estrechos marcos de la pedagogía.

Cataño y la creación de condiciones para la divulgación cultural

Debo señalar, igualmente, que al término de su permanencia en la Universidad, el empeño particular de Cataño dejó tanto un método de hacer las cosas, como un espacio físico y una práctica. Con lo de espacio físico me refiero a la llamada entre nosotros “Sala de la Cultura”, un recinto para escuchar música clásica y ofrecer cursos de sociología de la cultura. La Universidad dotó la sala, y día tras día estudiantes, profesores y empleados pueden familiarizarse con lo mejor de la música culta.

En el desarrollo de esta actividad, y en asocio con el pianista Károl Bermúdez, profesor de nuestra Universidad, realizó durante varios años un seminario para estudiantes de posgrado sobre “La Viena fin de siglo”. Al tiempo que alimentaba las temáticas de estudio en el campo de la sociología de la cultura, ambientaba el sentido de la Sala de la Cultura. Allí se estudiaban las obras de Malher, las óperas de Richard Strauss y las revoluciones de Schönberg y de sus discípulos. Esto muestra de manera precisa el sentido que el profesor Cataño daba a la formación de los futuros educadores: lo mejor de la cultura está allí para ser tomado por quien quiera hacerlo. Sólo falta aunar los esfuerzos de profesores de diversa especialidad para que, en conjunto, den lugar a algo nuevo y de consecuencias insospechadas.

Así como Cataño se ocupó de hacer que esta infraestructura estuviera disponible para el estudiantado, también se interesó en formar parte del grupo de selección de las adquisiciones bibliográficas para la biblioteca de la Universidad. Promovió la compra agresiva de libros y revistas, siempre con la idea de que las clases son apenas la introducción a un contacto personal y directo con los libros, quizá la experiencia intelectual más duradera que pueda tener un estudiante universitario para su vida activa.

A manera de cierre

Quiero terminar todo esto con una experiencia personal. El profesor Juan Carlos Torres Azócar, director del Departamento de Ciencias Sociales, “se inventó” una estrategia curricular para el nuevo programa de ciencias sociales, a saber, el de la cátedra compartida por dos profesores. La cátedra a la que voy a referirme se titula “Filosofía y epistemología de las ciencias sociales I y II”, es decir, para primero y segundo semestre de la carrera de Licenciatura en Ciencias sociales. En ella tuve la viva y cálida oportunidad de compartir labores docentes con Gonzalo Cataño. Las impresiones que quiero comunicar ahora son para mí la más clara comprensión de su figura intelectual que, como dije, empecé a observar hacia el año 1983. Se trata de su actividad en el aula. Quiero sobre todo hacer énfasis en la calidez del trato para con los estudiantes, a quienes siempre se refirió con expresiones directas, respetuosas y aun jocosas.

Recuerdo, por ejemplo, que a los estudiantes los llamaba “angelitos”. Preocupado por no mortificarlos –todos sabemos que el salón de clase es un tormento–, les mostraba la posibilidad de convertirse en investigadores, les promovía sus opiniones en clase a fin de evidenciar lo que comprendían de las lecturas hechas en casa o en la biblioteca. A continuación valoraba sus opiniones, haciendo énfasis en cómo los intelectuales “somos ladrones honrados”, esto es, tomamos ideas de aquí y de allá para nutrir nuestros propios intereses de investigación. Eso, asociado al hecho de que, por mi iniciativa, siempre en nuestras clases tuvimos la oportunidad de leer algunos de sus textos; él haciendo aclaraciones y complementos a las ideas de los estudiantes una vez realizadas las lecturas. Yo, por mi lado, procurando valorar la manera como Cataño hace aportes a la epistemología, y dentro de ella, a las ciencias sociales en Colombia, sobre todo a la historia de las ideas.

No voy referirme a cómo Cataño ha hecho de la vida intelectual colombiana un tema de sus investigaciones, y el aporte que nos ha dejado en ese campo, puesto que ya me he pronunciado al respecto en un ensayo que publiqué en la revista *Folios* (número 13 de 2001). Lo que sí quiero destacar ahora es que en Cataño vamos a encontrar no sólo una escritura clara y elegante, sino ante todo una preocupación por ver cómo se constituyó la universidad en Colombia, cómo apareció la sociología en el país, qué específicas circunstancias rodearon a un determinado autor, cuáles fueron sus contertulios, cuál era la problemática del país que le tocó vivir, cuáles los problemas del conocimiento, y, en particular, cómo se fue haciendo la recepción de las ideas en Colombia. Sabemos que unas venían de Europa, otras de Norteamérica y otras más de los países del subcontinente hispanoamericano, pero cuando llegaban al país tomaban una coloración muy particular que terminaban por hacerse nuestras.

Al estudiarlo, tanto en el curso al que he hecho referencia, como en sus textos, siempre he tenido el gusto de ver que en su proyecto intelectual hay una enseñanza que debemos tomar como intelectuales de la Pedagógica, quiero decir, la preocupación por saber qué hemos sido, por qué hemos llegado a ser como somos, cómo es posible recibir, transformar y desarrollar los grandes modelos teóricos del pensamiento sin caer en actitudes piadosas y en servilismo intelectuales que terminan por cercenar toda actitud creativa. Siempre tuve la impresión de que en las páginas de Cataño no existe la preocupación santificada de la “identidad latinoamericana”. A pesar de ello, creo que para entender el pensamiento colombiano, el “alma” intelectual de nuestra nación, habrá una y otra vez que acudir a los textos de nuestro profesor Cataño.

Quisiera concluir esta intervención remitiéndome a los propósitos de Crisanto Gómez, director del Centro de Documentación del Departamento de Ciencias Sociales, quien me ha pedido que sirviera como oferente en este homenaje, diciéndole que hemos aprendido, fundamentalmente, a hacer de nuestra vida en la Universidad un proyecto de vida intelectual, un proyecto crítico frente a las formas canónicas de ver la pedagogía, y sobre todo, que hemos aprendido a ver que el tiempo que pasemos en la institución tiene que estar, ante todo, orientado a consolidar un proyecto intelectual que deje pistas para la comprensión de nosotros mismos en el marco de la nación.

Muchas gracias por esta oportunidad, promovida por Crisanto y los estudiantes del Departamento de Ciencias Sociales. Quiero, igualmente, agradecer al profesor Cataño por darnos tanto de qué hablar, tanto en qué pensar y tanto qué hacer en el futuro de esta Universidad y en los proyectos intelectuales de la nación. Muchas gracias por haber sido a veces ácido y sarcástico con las formas convencionales de pensar que dominan el entorno docente de la Pedagógica.

Profesor Cataño: a usted –que ha mostrado en su sentido lato lo que significa ser un exponente de la Artesanía Intelectual– esta Universidad le debe mucho; la generación intermedia, a la que pertenezco, y las venideras, tienen que meditar mucho sobre lo que nos ha dejado. Sienta que aquí lo valoramos y es usted muy bien recibido en este plantel que ha contribuido a construir desde una particular forma de actuar como intelectual.

Muchas gracias

Un alumno de los años sesenta

Orlando Fals Borda

Estoy ante ustedes en el dilema de cómo manifestar mis sentimientos, si como profesor o maestro, o simplemente como papá. Creo que lo haré como papá, porque la presentación que ha hecho el profesor Germán Vargas, tan completa y precisa, me llena y me hace sentir radiante. En realidad, señora rectora y señores estudiantes, estos últimos quince días han sido para mí extraordinariamente felices. Tres de mis antiguos alumnos han sido agasajados por diversas instituciones. ¡Es increíble! Yo no creo que a otro profesor le haya sucedido lo mismo, aunque sospecho que el historiador Jaime Jaramillo Uribe ha pasado por una experiencia similar. Empezando con Francisco Leal Buitrago en la Universidad de los Andes y en la Biblioteca Luis Ángel Arango con ocasión de su premio nacional en ciencias, luego con Alfredo Molano en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, y ahora con Gonzalo Cataño en la Universidad Pedagógica Nacional de Colombia. Esto me complace y me llena de orgullo. No es frecuente ver cómo aquellos que hace unos pocos años estaban conmigo en calidad de aprendices, ahora han alcanzado un amplio reconocimiento intelectual. De allí que me guste hablar como papá ante “hijos” que han sabido hacerlo mejor que sus mentores.

Aprovecho, además, el momento para contarles que he sabido de aspectos de Gonzalo que desconocía por completo, como eso de que llamaría “angelitos” a los estudiantes. Y eso sí que es nuevo, pues yo les puedo asegurar que Gonzalo no era ningún “angelito” en aquella época, aunque sí tocaba muy bien el arpa, día y noche como los ángeles en el cielo, y eso lo sé porque, entre otras cosas, era el arpa de la mecánica automotriz. Gonzalo era prácticamente nuestro conductor oficial en la Facultad de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, encargado –entre otras cosas– de la *jartera* de ir a recibir a los profesores visitantes al aeropuerto Eldorado, de enseñarles la ciudad y de atender a su acomodación en los hoteles. ¡Pobrecito!

Estos recuerdos, muy agradables, acompañan los méritos de Gonzalo Cataño a lo largo de su vida académica. Para mí es, junto con Rodrigo Parra Sandoval, uno de los grandes sociólogos de la educación de nuestro país. A ello hay que agregar, por supuesto, su dirección colegiada, de tantos años, de la *Revista Colombiana de Educación*, ya evocada por el profesor Germán Vargas. En las páginas de esta publicación se hizo, en mi opinión, una labor extraordinaria que tuvo el mérito de sobrepasar la etapa anterior de la llamada “sociología educativa”, que era mucho más filosófica y poco sensible a los métodos de investigación modernos, y cuya figura más destacada fue Rafael Bernal Jiménez con sus experimentos pedagógicos

en Boyacá. Esta primera etapa llega hasta la era de Cataño y de Parra Sandoval, quienes la enrumbaron por nuevos caminos, y por ese solo esfuerzo merecen nuestro reconocimiento.

Cataño ha accedido, igualmente, a la sociología de la sociología, lo mismo que a la historia de la sociología o, como se ha dicho por los que me antecedieron en la palabra, a la historia de las ideas. Éste era un campo prácticamente desconocido en nuestro medio. En la Facultad donde él se formó, no existía en el pensum materia alguna que se le pareciera. Y éste es otro de los grandes méritos de Gonzalo. Les cuento, además, que en esa disciplina que él inventó entre nosotros, yo fui una de sus primeras víctimas. Me analizó y me desnudó en público en un ensayo dedicado a mi obra, y con justa razón me lanzó unas críticas que yo agradecí siempre⁵. Pero la vida da muchas vueltas y uno de viejo siempre aprende. A pesar de su resistencia a ciertos aspectos metodológicos, un poco heterodoxos y medio subversivos de mis escritos, Cataño también ha caído en los deberes y compromisos de la acción. Ahora, en su edad madura, aquí en la Pedagógica, y esto también lo acabo de saber, ha sido un activista en la lucha por la cultura. Ha sido el promotor de una sala dedicada a la difusión de la música clásica entre profesores, estudiantes y empleados. ¿Es posible que mañana se promueva también el baile y otras manifestaciones de la cultura popular? Sería magnífico, sin duda. Y esto me parece otro rasgo de Cataño, lo humano. Eso no lo aprendió en la Facultad de Sociología durante los años sesenta; por el contrario, le viene de sus genes, del medio familiar, de su natal Gómez Plata, pero, ante todo, del contacto con su tío materno, el siempre recordado Gerardo Molina, otro vecino de Gómez Plata.

Una faceta adicional que yo quisiera destacar en este momento, de manera informal, rápida y cariñosa, es cómo Cataño, en un momento crítico de la sociología colombiana, salvó su profesionalización. Esto no fue destacado por el profesor Vargas, aunque sí lo mencionó en su exposición. Debemos decirlo de una vez: Cataño rescató, en la década del ochenta, junto a otros colegas, la Asociación Colombiana de Sociología. Esta asociación había dejado de existir por razones muy bizantinas, por interpretaciones acomodaticias acerca de las formas como se venía enseñando la sociología en la Universidad Nacional de Colombia: de si era socialista o no, de si era marxista, de si era suficientemente comprometida, etc., etc. Por fortuna, esa lucha interna fue manejada con tino, apertura y pluralismo por Gonzalo, hasta el punto que en sus manos la asociación floreció de nuevo, y a partir de entonces la sociología volvió a ser una ciencia y un oficio respetables en el país. Cabe recordar que había dejado de serlo por las luchas intestinas y las

⁵ Véase Gonzalo Cataño, *Crítica sociológica y otros ensayos*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2000, pp. 19-33.

adhesiones políticas de los mismos sociólogos. Pero dado su compromiso con la ciencia de la sociedad, y con su liderazgo y el de sus compañeros de la asociación, muchos nos sentimos gozosos de que se hubiera retomado esa bandera y que la profesionalización de nuestra disciplina hubiera quedado en tan justas y hábiles manos.

Esto último es lo que más recuerdo y lo que más agradezco de la gestión como sociólogo de Gonzalo Cataño; de ese alumno *angelical* que tuve en los años sesenta y que sigue, sin cansarse, leyendo libros, criticando autores, rescatando tradiciones de pensamiento todavía actuales y, en fin, cultivando su pensamiento para enriquecernos a todos. Espero que así continúe hasta sus últimos días. De nuevo, quiero decirles que me considero afortunado de asistir durante estas semanas a la exaltación de tres de mis antiguos alumnos. Y desde el cielo, tocando arpa, continuaré observando los logros de todos ellos aquí en la tierra.

Como profesional, como profesor y sociólogo, quiero felicitar a la Universidad Pedagógica Nacional por haber tenido a este maestro y que –ahora jubilado– ojalá lo recuperen; que no lo dejen tirado por allí como un pensionado más, lejos de sus labores académicas. En pocas palabras, que vuelva a su sala de la cultura a enseñar, a “bailar”, a discutir y a escuchar música con sus colegas, alumnos y demás miembros de la institución.

Muchas gracias

La Universidad Pedagógica Nacional: una experiencia

Gonzalo Cataño

Ante todo, debo agradecer a los estudiantes del Departamento de Ciencias Sociales la organización de esta bella reunión. Sé que este encuentro fue iniciativa suya y que al momento ganaron el apoyo del profesor Germán Vargas, mi colega en los cursos de epistemología. Estoy, asimismo, en deuda con las palabras del profesor Vargas y con las cálidas expresiones del maestro Orlando Fals Borda, mi mentor en los secretos de la ciencia de la sociedad en los ya lejanos años sesenta del siglo XX. Agradezco, igualmente, la presencia de la rectora de la Universidad, profesora Judith Arteta, por acompañarnos en esta tertulia aupada por unos estudiantes que mañana estarán en los colegios enseñando historia y geografía, además de filosofía y sociología. “Una generación se va, otra generación viene”, rezan los versículos iniciales del *Eclesiastés*. Es claro que yo pertenezco a la que “se va”, a aquella generación que debe entregar a otros el ejercicio de las tareas

de docencia e investigación que ayer tenía en sus manos. La edad es un privilegio –podemos morir temprano sin conocer y disfrutar muchas cosas–, pero también sabemos que es la fuente de temores y nostalgias, de los molestos balances de lo que se hizo y no se hizo que tanto asedian los silencios del *retirado*.

En mi intervención, tan corta como la de aquellos que me han precedido, quiero hacer un fugaz retrato de la Universidad Pedagógica Nacional, la institución donde trabajé durante treinta años. Ingresé en sus claustros como profesor a finales de 1971 –cuando tenía 26 años– y me retiré al extinguirse el año 2001, esto es, cuando cumplía los 56. En este lapso, que cubre holgadamente el espacio de una generación según la definición de Ortega y Gasset, la Universidad cambió radicalmente. Expandió su matrícula estudiantil, dejó de ser una institución exclusivamente para mujeres –recordemos que llevaba el nombre de “Universidad Pedagógica Femenina”– y su cuerpo docente creció de forma considerable. Ahora la relación entre docentes y estudiantes se ha secularizado. En un principio las profesoras no sólo atendían las labores de enseñanza de las asignaturas teóricas y aplicadas, sino que también intervenían en las de desarrollo personal de las alumnas, en su formación moral, en las pautas de conducta que debían seguir para tener una existencia “digna” según los cánones tradicionales del papel de la mujer en la sociedad. Como profesionales debían ser “maestras”, esto es, modelos, guías de conducta para las nuevas generaciones que habrían de tener en sus salones de clase. Esto cambió radicalmente con la masificación de la Universidad y el imponente ingreso de los varones en sus programas de licenciatura, tanto en ciencias sociales y humanidades, como en pedagogía, matemáticas, ciencias naturales, tecnología y educación física. Con estos cambios sociodemográficos, el grupo docente perdió el imperio de la socialización moral que compartía con los núcleos familiares de sus alumnas, y de los cuales generalmente era un eco y una mera extensión. Ahora la socialización de las conductas vinculadas con la intimidad, importantes elementos de la personalidad básica del adolescente, especialmente aquellas que tienen que ver con el ámbito sexual –que en una época atendía la asignatura de “Comportamiento y salud”–, fue el terreno abonado del aprendizaje informal en los grupos de iguales. Los maestros fueron aquí los mismos compañeros y compañeras de clase, lo mismo que las amistades e intercambios con otros estudiantes de la Universidad que se fueron consolidando a lo largo de los cuatro años de licenciatura.

Llegué a la institución cuando estos procesos apenas comenzaban. Hoy sabemos que han cobrado fuerza en medio de consecuencias esperadas y no esperadas. Es verdad que los jóvenes han ganado en autonomía de la voluntad, pero también lo es que algunos de ellos –y de ellas especialmente– han enajenado su futuro desde muy temprano al hacerse padres y madres en el período en el que apenas salían

de la adolescencia. Algo parecido ocurre en la actualidad en las instituciones de educación media de los barrios populares, donde muchachos y muchachas –con las experiencias infantiles todavía muy frescas– ya se ven presos de los deberes de la concepción, responsabilidades que hasta hace poco eran un asunto exclusivo de los mayores. Con ello se les ha venido encima el mundo de los adultos, y sospechamos que en escaso tiempo sus hijos serán también sus compañeros de generación. La brecha entre unos y otros no será muy significativa, y es de esperar que en días no muy lejanos, las madres y sus retoños compartirán experiencias muy similares. Más que vástagos, los progenitores tendrán compañeros muy cercanos a los de su propio grupo de edad. Todo esto está vinculado, por supuesto, con la crisis de la familia de nuestro tiempo, uno de cuyos rasgos más evidentes es la separación de la sexualidad de los recintos de la sociedad marital. El amor se ha emancipado de las férreas cortapisas del matrimonio –institución en franco descrédito en nuestros días–, y ha cobrado una vida propia ajena a las antiguas, y por algunos todavía añoradas, normas de mesura, castidad y templanza. Siguiendo a Nietzsche, un filósofo con inquietudes sociológicas, bien podría decir que si ayer “el concubinato fue corrompido por el matrimonio”, en nuestro tiempo se ha vuelto a hacer justicia: hoy en día el concubinato destierra con éxito el matrimonio de las buenas costumbres⁶.

Quiero indicar ahora otro rasgo de la Pedagógica, con el cual me vi seriamente implicado, y que en más de una ocasión fue el germen de conflictos interiores y de algunas tensiones con los colegas. Las instituciones pedagógicas –las facultades de Educación– son entidades muy particulares. Son, en general, instituciones conservadoras, muy lentas para el cambio académico a pesar de que en sus cuerpos directivos y en los círculos de docentes se habla siempre un lenguaje de renovación. Durante mis treinta años de trabajo observé con asombro que año tras año había una reforma en curso: un cambio administrativo, una transformación curricular, la adopción de una nueva estrategia pedagógica, la introducción de novísimas asignaturas, etc., etc. Pero entre tanto, los profesores éramos los mismos y enseñábamos con los mismos libros que teníamos en casa. Los laboratorios no se expandían, la biblioteca apenas multiplicaba sus fondos, y los apuntes y las fotocopias de viejos textos nutrían las mochilas de los alumnos. Todos hablábamos de cambio para ocultar rutinas. A ello se sumaba una conspicua organización curricular, que si bien no es exclusiva de las facultades de Educación, en su interior toma una coloración muy singular hasta bordear el barroquismo. Los estudiantes se ven cargados de materias. Hay programas con ocho, nueve o diez asignaturas por semestre. Su pénsum es una réplica multiplicada del bachillerato. Se quiere

⁶ La reflexión nietzscheana nutre el aforismo 123 de *Más allá del bien y del mal*.

ver todo, y como todo es interesante, profesores y estudiantes se ven agobiados para nutrir y digerir una formación enciclopédica. Además, nunca falta un esforzado docente, o un animoso miembro de las directivas, que afirme que esto u aquello es *muy* interesante, y que por tanto debería llevarse al programa para enriquecer las experiencias intelectuales de los estudiantes. Con esta estrategia se enseña mucho y se aprende poco, y se alimenta la extraña sospecha de que dado que en el bachillerato se enseñan las más diversas disciplinas, el profesor debe saberlo todo (no se acepta aquí la división del trabajo académico). A ello se suma el temor, igualmente insólito, de que nuestro egresado, una vez en el mercado de trabajo, no tendrá tiempo –ni deseos– de leer un texto adicional por su cuenta. En pocas palabras, que aquello que no aprendan en la Universidad, ya no habrá oportunidad de aprenderlo en momento alguno de la vida activa.

Sé que esta situación está cambiando, y que con el ingreso de jóvenes docentes están llegando a la Pedagógica nuevos aires intelectuales con nuevas bibliografías y nuevas formas de concebir los procesos educativos. Pero el peso del pasado es todavía muy fuerte y la definición del profesor como un docente, como alguien que debe reducirse a dictar clases, refuerza los climas intelectuales de quietud y mera repetición del conocimiento que viene de afuera. Y esto me lleva a otro asunto, el último sin duda, que deseo exponer ante ustedes: el de la investigación en la Universidad Pedagógica Nacional.

Otra peculiaridad de las instituciones dedicadas a la formación de docentes es la ausencia de investigación como propósito normal y cotidiano. Sabemos que está surgiendo y hay algunos ejemplos que así lo muestran, pero todavía no es una actividad corriente en las dependencias de la Universidad. Está ubicada en grupos muy reducidos y todavía frágiles y de escasa repercusión en el conjunto de la institución. Esto se debe, en buena parte, a las inveteradas tradiciones de las facultades de Educación. En ellas los problemas de la ciencia son fenómenos relativamente extraños. Los profesores, formados en su mayoría en una facultad de Educación, son unos generalistas en sus disciplinas, con escaso dominio de un campo especial dentro de ella. Consumen y transmiten ciencia, pero no la hacen. Estudiaron matemáticas, física, psicología o historia no para investigar en estos campos o familiarizarse con sus complejidades, sino para enseñarlas, para transmitírselas a los jóvenes. Además, los profesores de las instituciones pedagógicas no se definen asimismo como biólogos, filósofos o lingüistas, sino como profesores de biología, filosofía o español⁷.

⁷ Por supuesto el asunto no es nuevo. Ha estado presente en las discusiones pedagógicas al menos desde el siglo de las luces. En *El sobrino de Rameau* –escrito en 1762, traducido por Goethe al alemán en 1805 y publicado en 1823 en Francia–, el ingenioso personaje de Diderot se preguntó: “¿Acaso está uno obligado a saber lo que enseña? ¿Se espera que los maestros sepan gramática, fábulas, historia, geografía, moral

El clima laboral de la institución refuerza este marco profesional. El público actual de la Pedagógica, su matrícula estudiantil, proviene –en general– de los sectores populares más establecidos que han logrado finalizar la secundaria, y de las clases medias más deprimidas y con mayores dificultades. Los hijos de la clase alta no pasan por las instituciones pedagógicas; éstas son entidades para el “pueblo”. En el pasado no ocurría lo mismo. Era un lugar para las mujeres de las clases medias, muchas de las cuales no buscaban una profesión, sino un entrenamiento general, un “cultivo” universitario previo al matrimonio. Pero ahora la situación es diferente. Quien ingresa en la Pedagógica, hombre o mujer, quiere tener mañana un puesto, una ocupación remunerada para el sustento, para el *modus vivendi*. Como las escuelas de odontología, el corazón de la institución es el entrenamiento técnico y aplicado para un oficio: la docencia. A esta labor entregan los profesores y la institución todo su esfuerzo. Debe haber allí mucha pedagogía (el arte de enseñar), mucha didáctica (habilidad para transmitir el contenido de una disciplina), y mucha destreza para el manejo de grupos. Las sofisticaciones del saber no tienen aquí mucho espacio y se les dedica poco tiempo. De allí que con frecuencia se diga que un profesor de química sabe enseñar química, pero no domina las complejidades de la química. Esto último es asunto del químico que trabaja en un laboratorio con ayudantes y estudiantes graduados. De esta situación se deriva la baja estima científica de las facultades de Educación. Las demás universidades las consideran socias menores de la educación superior. Saben que adiestran para un quehacer muy definido, hecho que las acerca peligrosamente a una carrera técnica de nivel intermedio. A ello se suma el origen social de su matrícula. Por los estudios de sociología de la educación sabemos que el ascendiente de una institución educativa está estrechamente asociado al origen social de su clientela y al prestigio, la consideración social y cultural, del oficio para el cual entrena.

Hay, por supuesto, más cosas qué decir sobre la Universidad Pedagógica Nacional y sus congéneres. Lo manifestado hasta el momento es sólo la alusión a problemas que exigen un tratamiento más completo y acabado. Mi deseo era sólo llamar la atención sobre algunos de ellos. Creo, sin embargo, que lo mejor de la Pedagó-

y todo eso de que han de dar lecciones? Si poseyesen esas cosas lo bastante para enseñarlas, no las enseñarían porque habrían pasado su vida estudiándolas". Voltaire y Diderot, *Obras escogidas*, Buenos Aires: Jackson, 1949, pp. 310 y 312. La idea fue recogida años después por el despiadado Schopenhauer en uno de sus textos de *Parerga y paraliponema*. Allí anotó que aquellos que enseñan una ciencia no son los que la comprenden y practican con seriedad y detenimiento, pues, si así lo hicieran, no tendrían tiempo de enseñarla. Véase Arthur Schopenhauer, *Escritos literarios*, México: Ediciones Coyoacán, 1998, pp. 23-24. Estas reflexiones encontraron en seguida su formulación abreviada en la conocida sentencia del enfático Bernard Shaw registrada en sus *Máximas para revolucionarios*: "Quien puede, hace; quien no puede, enseña".

gica son sus estudiantes y sus egresados, esos centenares –miles quizás– de profesoras y profesores que ahora trabajan en la enseñanza media y básica de todo el país. Lo que la Pedagógica les dio, y lo que ellos y ellas han sido capaces de aprender en la práctica, en sus cursos de actualización, en sus propias lecturas y en sus talleres con los compañeros de trabajo, es la mejor realización de la institución. Recordemos una vez más que ya no lleva el calificativo de *femenina*, sino el de *nacional*, es decir, el de establecimiento educativo para el conjunto de la población colombiana. Es una universidad pública sufragada con los recursos de los colombianos, a los cuales debe su existencia y a los cuales debe seguir retribuyendo con responsabilidad y entrega.

Quizá sea inusual portar un tono analítico y algo impasible en un homenaje como éste. Sé bien que los festejos son para los agradecimientos, las reverencias y la exaltación, y no para los acentos críticos, pero también sé que las cualidades de la Pedagógica están consignadas en los objetivos de su carta fundacional, suficientemente conocidos por todos ustedes. Volver sobre ellos sería aburrido, además de innecesario. Lo conocido carece de interés. Lo de provecho –pienso– es indicar las dificultades que presenta en la consecución de sus fines. No olvidemos que uno de esos objetivos es el de promover el espíritu crítico, un asunto fácil de expresar, y algo acanallado por su habitual uso retórico, pero siempre difícil de concretar. ¿No sería bueno poner en práctica este precepto aunque fuera en el momento mismo de nuestra retirada? Tomar las de Villadiego después de treinta años de estadía sin manifestar la más nimia inquietud, es una conducta liviana ajena a todo sentimiento de gratitud.

Muchas gracias